



Los elegidos

Nando López



DESTINO

Los  
elegidos

Nando  
López

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1604

© Nando López, 2023  
c/o DOSPASSOS Agencia Literaria

© Editorial Planeta, S. A., 2023  
Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
www.planetadelibros.com  
www.edestino.es

Primera edición: abril de 2023  
ISBN: 978-84-233-6309-4  
Depósito legal: B. 4.276-2023  
Composición: Realización Planeta  
Impresión y encuadernación: Black Print CPI  
*Printed in Spain* - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

# Acto I

La vida es sueño

# I

—Hoy va a pasar algo en el tablao —le dijo Asun a su madre la misma noche en que conoció a Santos.

—No enredes con esas cosas, niña —la regañó la Reme, que temía las consecuencias de aquel don profético que le había dejado como herencia a su única hija.

—Que no enredo, madre —se justificó Asun—, que es la sangre, que avisa.

La Reme ladeó la cabeza en señal de desaprobación y regresó de nuevo a su costura, concentrada en la tarea pendiente que aún la aguardaba y con la que, entre estrecheces, había logrado sacar adelante aquella casa. No quería desmentirla, pues bien sabía lo que esos avisos, como ambas los llamaban, podían traer consigo, pero ni era buena idea airearlos como si tal cosa ni tampoco ponerlos en palabras, que cuanto más se los nombra, Asun, más verdad se vuelven.

A la Reme aquellas intuiciones le provocaban auténtico pavor, pues jamás habían servido como preludeo de una buena noticia, sino que siempre habían sido la antesala de las dificultades que habían jalonado su vida. Asun, sin embargo, aún confiaba en que esos avisos pudieran ser el inicio de algo bueno o, cuando menos, moderadamente aceptable. Quizá porque, como

decía su madre, a sus veintitrés aún tenía la esperanza menos gastada que ella.

Cuando la invadía uno de esos momentos, que se manifestaban en forma de malestar físico, Asun se sentaba a solas en un sillón y cerraba los ojos hasta que la desazón pasaba, tratando de intuir el significado. No eran episodios frecuentes, pero sí constantes, y se recordaba sintiendo aquel dolor agudo y punzante desde muy niña. Desde las mañanas en que corría con su madre hasta el refugio, mientras fuera sonaban las bombas y sirenas que formaban la memoria auditiva de su infancia, de aquella cría que apenas había cumplido nueve años el mismo día en que estallaba la guerra. En aquel refugio fue donde Asun oyó hablar por primera vez del don familiar, del que se valía la Reme para serenarla cada vez que rompía a llorar por culpa del estruendo que las rodeaba.

—No va a pasar nada —le susurraba—. Y sé que no va a pasar porque no me quema eso que siento aquí dentro cuando sí que pasa.

La quemazón a la que se refería la Reme jamás se produjo en aquellos momentos, en los que solo buscaba excusas para contagiar a su hija del mismo coraje que a ella la había mantenido en pie desde que su marido se había sumado a las filas republicanas. Los verdaderos avisos que atormentaron a la Reme fueron tres y llegaron más tarde. El primero, en octubre del 38, un par de días antes de que su Jesús fuera capturado y encerrado en la prisión de Torrijos; el segundo, en diciembre del 42, cuando lo sumaron a los trabajos forzados para la construcción de la cárcel de Carabanchel; y el tercero y último, en marzo del 46, la mañana en que no lo encontraron al otro lado de los muros de esa cárcel que le habían obligado a levantar para encerrarlo en ella.

Hasta ese día la Reme y su hija lo habían visitado cada semana, con la excusa de llevarle algo de comida o de ropa y, sobre todo, de aliento, que aunque eso no le sirviera para aliviar el hambre, como decía ella, al menos sí esperaba que le ayudara a mantenerse con vida el tiempo necesario hasta que lo pusieran en libertad. Las dos llegaban a las puertas de la prisión con la esperanza de que los disparos que se habían escuchado la noche anterior no hubieran tenido a su Jesús como objetivo. Asun no olvidaría nunca la angustia de esos despertares, ni el nerviosismo de su madre, ni la incertidumbre ante una visita que, si el nombre de su padre hubiera figurado entre los fusilados de la madrugada anterior, podría haberse encontrado sin destinatario. Como tampoco había olvidado la súplica que latía en la mirada de la Reme, ni la facilidad con que renunciaba a su orgullo cuando se hallaba frente a cualquiera que, fuera cual fuera su vínculo con los vencedores, suponía que podía ayudarla a sacar a su marido de la cárcel. Asun la había visto llorar, rogar, arrastrarse, había sido testigo de cómo perdía cualquier resquicio de orgullo con tal de conseguir una libertad que no llegaba y para la que blandía como último recurso su presencia infantil, la existencia de aquella niña que, mírenla, por favor, miren en qué situación estamos, tanto necesita a su padre.

Hasta ese 18 de marzo del 46 en que la Reme y Asun se levantaron con una angustia idéntica y las dos supieron, sin hablar, que esa mañana no encontrarían a nadie al otro lado de la prisión. Cuando llegaron a Carabanchel, inquietas por la contundencia de sus avisos, ni siquiera encontraron un cuerpo del que despedirse. La Reme tuvo que conformarse con la voz desabrida con la que le comunicaron la muerte de su

marido entre los fusilados de la noche anterior y se tragó sus ganas de mirar a su Jesús por última vez para, entre el llanto y la rabia, golpear su pecho y culparlo de todo lo sucedido, de su mala suerte, de su maldito arrojo, de esas ideas que algún día acabarán contigo y con tu familia, como le había advertido, con esta niña que ahora no sé cómo voy a sacar adelante yo sola.

El día en el que la Reme y su hija empezaron a velar a un muerto sin cuerpo ni lugar en que rendirle homenaje, Asun aprendió dos cosas. La primera, que humillarse no servía más que para robarse la dignidad, y la segunda, que debía tomarse más en serio esos avisos, porque puede que no la ayudaran a impedir desgracias, pero sí a anticiparlas.

Por eso, la noche en que su cuerpo la alertó de que iba a suceder algo en el tablao, Asun se lo confesó a su madre. No esperaba consejos sobre lo que debía o no debía hacer, pero consideró que, ocurriese lo que ocurriese, advertir de la existencia de aquel aviso era la mejor forma de justificarse.

—Sea lo que sea, tú ten cuidado —le pidió la Reme antes de que su hija saliese rumbo al local donde llevaba cantando desde los diecisiete—. Que últimamente te veo mucho con la Carmen y esa, además de ser mayor que tú, es de las peligrosas. Tú me entiendes.

—A usted la quiere bien, madre —la defendió Asun, que no estaba dispuesta a alejarse de una de las pocas personas con quien sentía que no se ahogaba del modo en que lo hacía con el resto de la gente que la rodeaba.

—Lo sé, pero no basta. Y que nos quieran quienes nos pueden complicar la vida, menos. Ya tuvimos bastante mártir con tu difunto padre.

—Tendré cuidado, se lo aseguro —insistió su hija—, siempre lo tengo.



—Mucho se necesita en ese antro, que así no va a haber quien te case, hija. Y tú ya vas teniendo una edad.

—Aún soy joven.

—No tanto. —La Reme, que esperaba que su hija tuviera ya a sus veintitrés, como poco, un novio formal, ladeó la cabeza—. Y mira que te lo avisé, que era mejor que siguieras en la tintorería como la Sole y la Maite, que no se han ido de allí hasta que las han casado, porque a ver qué tiene de malo ser planchadora en vez de tanta insistencia con el baile y la copla.

—Ya lo hemos discutido, madre. Y da más pesetas ese baile y esa copla que todo lo que tuve que planchar allí.

A la Reme nunca le había resultado fácil disuadir a su hija, pues Asun siempre encontraba el modo de justificarse y, peor aún, de convencerla, que parece que tuviera esta niña un diablo respondón metido en el cuerpo, como le confesaba a su Jesús cuando hablaba con el retrato que había colocado, a modo de altar improvisado, en un rincón de su dormitorio, porque, ya que nos han robado el lugar, por lo menos no vamos a permitir que nos dejen mudos, que no estaría bien que no te contase lo que hace tu niña y los quebraderos de cabeza que me da con esa pasión suya del cante que, la verdad sea dicha, tampoco sé de dónde le ha venido.

Si hubiera sabido lo que ocurría en las habitaciones del piso superior del tablao, la Reme no le habría permitido poner un pie en ese antro. Pero, gracias al relato edulcorado de su hija, ignoraba lo que pasaba en esos cuartuchos que Augusto, el dueño del bar, había habilitado para los clientes que quisieran subir con alguna de las artistas. Asun, que actuaba allí bajo el sobrenombre de «la Dulce Eva», se ocupaba de disfrazar

el relato de sus noches con una candidez que había perdido mucho antes de lo que su madre imaginaba y de la que, sepultada por la necesidad, no quedaba ni rastro.

Aquel 14 de enero de 1950, fuera cual fuera el significado de su aviso, Asun acudió al tablaeo con la mirada despierta de siempre. Con ese instinto de superviviente que la había ayudado a hacerse con aquel trabajo algo mejor pagado que el de planchadora y, por lo menos, no tan odioso como el de esa tintorería de la que salió en cuanto pudo. Aquí tenía que pelear para hacerse respetar entre los borrachos que pretendían empujarla noche tras noche a los catres del piso superior, pero hasta esa pelea le resultaba más soportable que los montones de ropa que, mientras aguantó en la tintorería, le robaban las ganas de vivir. Y esas ganas, aunque no fueran gran cosa, era lo mejor que Asun podía decir de sí misma y, si alguien le preguntaba, hasta ofrecer.